

Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria.

María Encarna Sanahuja

El libro de M. Encarna Sanahuja, *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, se inserta dentro de los valiosos estudios que cuestionan la invisibilidad de las mujeres durante el larguísimo período de tiempo que constituyó la Prehistoria humana. Desde la perspectiva de la Arqueología de género, la autora denuncia que la interpretación de nuestro pasado no ha sido objetiva ni neutra, sino que en realidad se ha caracterizado por ser masculina y androcéntrica. Subraya Sanahuja que ya en 1987 Margrit Eichler afirmaba que el androcentrismo constituye una de las principales formas del sexismo, bajo el cual las mujeres son vistas como objetos pasivos y no como sujetos activos de la historia. Además, con notable acierto, Eichler alegaba que el androcentrismo se manifiesta de una manera patente en el lenguaje y da como resultado lo que se ha denominado «la construcción del actor macho».

El pensamiento androcéntrico ha impregnado a numerosas disciplinas científicas, la Arqueología incluida. Como muy bien apunta Sanahuja, debido a que en la mayoría de los casos las excavaciones arqueológicas únicamente proporcionan objetos inanimados (por ejemplo, artefactos muebles o inmuebles), «podría creerse que la Arqueología no debería mostrar un excesivo sesgo androcéntrico en contraste con otras disciplinas, tales como la Sociología o la Antropología más propensas, por su objeto de estudio, a la narración interesada. Sin embargo las lecturas históricas que se hicieron y se hacen a partir de los objetos arqueológicos indican lo contrario. El pasado pertenece a cazadores, guerreros, jefes, reyes...». Mientras que las mujeres, mencionadas en escasas ocasiones, raramente aparecen con un papel preponderante; por lo general, si hay referencias a ellas están limitadas al hogar y asociadas a actividades secundarias que en la actualidad se consideran esencialmente femeninas.

Otro interesante y bien fundado argumento que podemos leer en este libro, tiene como fin denunciar que la interpretación de la prehistoria acostumbra a falsificar el pasado, haciendo que parezca un precedente lógico del presente. Se olvida, o se relega a planos muy secundarios, que en los distintos contextos prehistóricos pudieron haber existido comportamientos alternativos y diferentes a los de hoy en día entre los sexos. Y así se comete el abultado error, destacado por un creciente número de especialistas, de atribuir mecánicamente a los sexos la función que actualmente parece corresponderles.

En *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, la autora recuerda que las primeras críticas sobre el androcentrismo arqueológico comenzaron en el ámbito académico norteamericano a partir de la década de los setenta, y se centraron en el tema de la evolución humana. En especial, en el *Modelo del macho cazador/proveedor* que había servido hasta entonces para explicar, en múltiples versiones, los orígenes de la humanidad.

En este contexto, afirma Sanahuja:

El Paleolítico Superior siempre se ha asociado con la época de grandes cazadores. Sabemos qué animales se cazaban, las partes que se aprovechaban de los mismos, los útiles empleados en la cinegética e incluso si la carne era o no conservada.

Se ha dado por supuesto que quienes se dedicaban a tan importante actividad eran exclusivamente los hombres, y, continúa la autora:

La idea del macho proveedor/cazador/protagonista de la historia, en este caso de la Prehistoria, ha calado en todas las mentes para explicar el modo de vida no sólo del Paleolítico Superior, sino de todo el Paleolítico e incluso de los orígenes de la humanidad.

Ciertamente, el surgimiento de las principales características que nos definen como humanos (por ejemplo: el andar bípedo, el desarrollo de un gran cerebro, la fabricación de herramientas o la capacidad de hablar), habrían sido resultado del esfuerzo para llevar a cabo con éxito la peligrosa captura de grandes piezas. La caza y las tensiones que genera habría sido, en suma, el motor del proceso que nos convirtió en humanos.

Ese modelo del poderoso cazador terminó por implantarse tan firmemente en la mentalidad académica y en la popular, que en la actualidad gran número de expertos sigue afirmando que las cacerías constituyeron el estímulo primordial de nuestra evolución. No pocos estudiosos han aseverado recientemente y en múltiples ocasiones que, de manera incontestable, nuestro intelecto, intereses, emociones e incluso vida social básica han sido producto de la adaptación a la caza.

Con igual dogmatismo se ha asegurado que, como fue la actividad cinegética la que impulsó la humanización, ha sido el hombre, no la mujer, el verdadero protagonista del proceso evolutivo. Las mujeres, a lo largo de toda la prehistoria se limitaron a esperar pasivamente a que sus compañeros varones le trajeran la carne de sus presas para alimentarse a sí mismas y a sus crías. Con tal comportamiento, evidentemente, no

contribuyeron en nada al surgimiento de las singulares características que nos convirtieron en humanos. En pocas palabras, las luchas y tribulaciones de la caza excluían a las mujeres y por lo tanto, excepto por su capacidad de parir y criar vástagos portadores de las innovaciones que iban surgiendo, ellas fueron marginales en la historia evolutiva del ser humano.

Como respuesta a tan descarado androcentrismo, un grupo de antropólogas norteamericanas propuso en la década de 1970 el *Modelo de la mujer recolectora*. El objetivo prioritario era demostrar la importancia de la recolección de productos de origen vegetal —una actividad considerada mayoritariamente femenina— en la dieta de los homínidos. Este nuevo modelo tuvo un profundo calado porque estableció las bases para un examen mucho más detallado del papel de las mujeres en las sociedades del pasado y en las actuales. A medida que los estudios en esta dirección fueron avanzando, el papel dominante de la caza se fue tornando cada vez más dudoso.

Con los datos recogidos a partir de un amplio espectro de líneas de investigación (que comprendía trabajos de campo con primates no humanos, datos etnográficos, estudios de anatomía comparada, de paleontología, de arqueología y de prehistoria), un creciente número de científicas, apoyadas por algunos colegas masculinos, fueron sacando a la luz un abundante número de razones para sostener una nueva tesis: durante el proceso de la evolución las homínidas habían sido contribuyentes fundamentales para la dieta alimenticia y, por lo tanto, activas participantes en la subsistencia. Como sostiene M. E. Sanahuja en su libro, «la obtención de productos vegetales muy bien pudo haber constituido la esfera económica básica de las primeras sociedades humanas».

A lo expuesto debe añadirse que la recolección requiere una buena serie de destrezas: conocimiento de las plantas, frutos, raíces, insectos, que sirven para la alimentación, así como el uso de herramientas para machacar, abrir o cortar; y al mismo tiempo es imprescindible una buena orientación espacial para explorar y reconocer los territorios apropiados y los tiempos de cosecha correctos. Parece, pues, coherente admitir que los nuevos datos aportados desmentían el supuesto sedentarismo y pasividad femeninos, propio de los modelos más antiguos.

En este contexto, debe igualmente tenerse en cuenta que el estudio del registro arqueológico disponible no permite afirmar con seguridad quién construyó los utensilios

más antiguos descubiertos, y por ende es imposible aseverar que las primeras herramientas fueran producidas únicamente por los machos. Son numerosas las expertas, y también algunos expertos, que defienden la posibilidad de que las hembras fuesen prolíficas fabricantes de los útiles que empleaban. Parece muy poco real suponer que en los tiempos prehistóricos cada vez que las homínidas necesitasen una herramienta tuvieran que pedir las prestadas. Sería más riguroso suponer que ellas, que también eran inteligentes y fuertes, fabricasen sus propios útiles.

El discutido tema de la caza ofrece asimismo otro interesante matiz, muy bien expuesto en el trabajo de María Encarna Sanahuja. Si bien normalmente se ha admitido que los embarazos o el traslado de sus hijos en largas caminatas entorpecieron a las mujeres en sus movimientos, limitando su libertad para cazar, esta tesis podría ser correcta para algunas mujeres, pero no para todas. Incluso en el primer caso, sólo sería válida durante un período determinado de tiempo —el que afecta a la gestación y la lactancia— sobre todo si se lleva un tipo de vida cooperativo. No hay que olvidar que, de la misma manera que se afirma que los varones eran capaces de cooperar en la caza, las mujeres también podían ayudarse entre ellas en el cuidado de las crías. Así, Sanahuja afirma que

Los datos procedentes de las poblaciones cazadoras/recolectoras modernas y contemporáneas dejan claro que no existe ningún tipo de incompatibilidad entre la participación en la producción de medios de subsistencia por parte de las hembras y la reproducción biológica y el cuidado de los pequeños. En ciertos grupos las mujeres practican individualmente la caza menor e incluso la mayor: la caza del canguro entre las aborígenes australianas, del guanaco entre las del Tierra del Fuego y del ciervo entre las del norte del Japón. Si son los impedimentos biológicos y la maternidad los que impiden cazar, ¿por qué las mujeres, entre algunos grupos, practican eficazmente esta actividad?

Sucede que, como los estudios actuales sobre los pueblos cazadores/recolectores han documentado la división sexual del trabajo (hembra/recolectora y macho/cazador), de ello se ha extrapolado que así debió ocurrir en el pasado. Y basándose en este supuesto, tal separación de tareas según el sexo se considera la más antigua, tan antigua que se remonta a los orígenes de la humanidad. No obstante, hay quienes propugnan que la división sexual del trabajo fue tardía en la evolución humana o incluso que nunca fue absoluta; ciertamente, en las expediciones de los homínidos cualquier

individuo podría obtener carne de crías pequeñas, de animales empantanados o heridos, y de aquellos que se pueden atrapar con facilidad.

Este razonamiento es coherente con el hecho de que muchos expertos han registrado que el carroñeo fue un modo dominante de conseguir carne, y que la caza organizada de grandes animales sólo empezó a desempeñar un papel destacado casi tres millones de años después de los orígenes humanos. Es altamente probable por lo tanto que la recolección, el carroñeo y la captura de animales pequeños fuesen las estrategias de alimentación desarrolladas por los primeros homínidos, con independencia de su sexo. Sanahuja sostiene que

Por los datos que se conocen en este momento, el modelo recolector se adapta mejor que el cazador, aunque sin una división estricta de hembras recolectoras de vegetales y machos carroñeros [...]. En consecuencia, propongo descartar de una vez la teoría cinegética como factor crucial en el proceso de la evolución humana.

Pese a todo, basta con hojear cualquier libro de reciente publicación para constatar la vigencia que aún tienen las imágenes que muestran a grupos de homínidos machos persiguiendo animales y a las hembras pasivamente en un segundo plano. En realidad, uno de los problemas inherentes al tratar de comprender si las mujeres fabricaban herramientas o cazaban, está en que existe una arraigada tendencia a pensar que eran los machos los que llevaban a cabo esas tareas. Pero hay que apuntar que si bien pueden hacerse diversas y variadas asunciones acerca de las actividades de nuestros antepasados, si no se considera la posibilidad de que los hombres y las mujeres contribuyeron ambos al proceso evolutivo, únicamente se contará la mitad de la historia.

Para concluir, nos interesa subrayar que el libro de María Encarna Sanahuja, publicado en 2002, mantiene intacta su actualidad y su lectura es altamente recomendable.